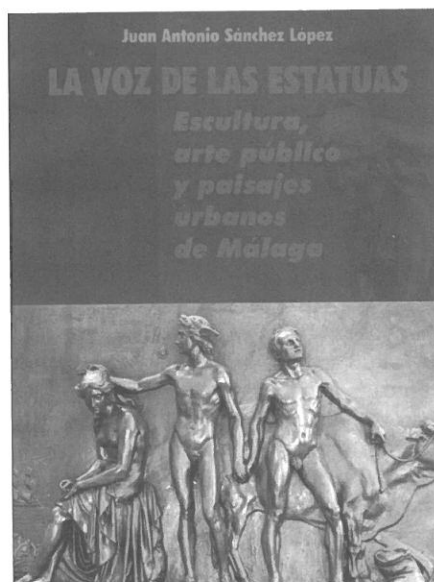


■ SÁNCHEZ LÓPEZ, Juan Antonio: *La voz de las estatuas. Escultura, arte público y paisajes urbanos de Málaga*. Universidad de Málaga, 2005.

*Francisco García Gómez*

En cualquier ciudad, las esculturas públicas constituyen uno de los elementos fundamentales en la configuración del paisaje urbano. Desde la Antigüedad hasta nuestros días, todas las culturas y épocas han levantado estatuas y relieves en las urbes con una múltiple funcionalidad ornamental, emotiva, simbólica y espacial. Ningún monumento, con independencia de su calidad artística, es neutro, desde el momento en que establece una relación con el entorno y con el espectador-viandante que determina la percepción de ese lugar, modificado desde el preciso instante en que es ocupado por dichos signos, que actúan firmemente en la ordenación urbana. Tras la arquitectura, y por encima de otros tipos de mobiliario urbano, son los elementos que más interfieren en la configuración de las ciudades, los más parlantes. Por eso se erigen en elocuentes hitos urbanos que nos hablan sobre personajes, sobre acontecimientos, sobre ideas, sobre lo que una sociedad considera digno de ser recordado y, también, sobre lo que la ciudad quiere ser (o por lo menos, lo que las autoridades pretenden que sea).

Y precisamente por todo eso, las estatuas públicas han sido las piezas artísticas que más han sufrido los avatares de la historia, sobre todo los vaivenes que se suceden con los cambios bruscos de regimenes (dejemos a un lado el cotidiano vandalismo gamberril, aún



más irritante por injustificado). Desde las mutilaciones de las esculturas de los faraones egipcios y de los emperadores romanos, hasta las destrucciones de las imágenes de Lenin, Sadam Hussein o, por poner un ejemplo todavía más reciente y cercano, Francisco Franco, pocas épocas han desconocido las agresiones y eliminaciones de monumentos urbanos. Como si las estatuas fueran las culpables de los desmanes de los tiranos, o como si la Historia se pudiera borrar de un plumazo o incluso alterar con el simple derribo de esos objetos. Nunca se ha querido entender que son simples testigos de un pasado con el que no tenemos más remedio que convivir, sobre todo porque nunca podrán valorarse atendiendo sólo a sus presupuestos estéticos, a su intrínseca calidad —o falta de ella— artística: una escultura urbana es mucho más que una obra de arte aséptica (en el caso de que realmente existiera la obra de arte aséptica, que personalmente creo que no).

Málaga, como cualquier otra ciudad, lleva varios siglos erigiendo esculturas y monumentos urbanos con todo ese variado cometido, en especial durante los dos últimos siglos. Y al igual que en otros lugares, aquí hay de todo, desde ejemplos de considerable calidad, hasta auténticos engendros, pasando por una media predominante en la que también pueden distinguirse diversos grados cualitativos, entre lo notable y lo mediocre. Si bien muchos de estos monumentos han sido ya estudiados tanto en obras generales como en monografías concretas, hacía falta un estudio integral de la estatuaria urbana malagueña. Y este hueco es el que ha venido a cerrar el libro del profesor Juan Antonio Sánchez López que aquí comentamos, un grueso volumen muy bien editado por el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, con el que incrementará más si cabe el enorme prestigio que ya goza dentro del ámbito editorial universitario de nuestro país (tan sólo cabe ponerle un pequeño "pero" en materia de edición: lo poco que destacan las letras rojizas sobre fondo azul de la portada, por otra parte muy atractiva con la fotografía de uno de los relieves clasicistas del monumento a Manuel Agustín Heredia).

Ante todo, hay que comenzar diciendo que probablemente no haya en Málaga persona más idónea que Juan Antonio Sánchez para llevar a cabo esta empresa, por otro lado nada sencilla. Porque, entre los diversos campos de investigación por él acometidos, probablemente la escultura haya sido al que más tiempo, espacio y, por qué no decirlo, cariño ha dedicado. No en balde su tesis doctoral versó sobre la imaginería procesional en Málaga desde el siglo XVI hasta el XX, una magna obra publicada en 1996 con el título de *El alma de la madera. Cinco siglos de Iconografía y Escultura procesional en Málaga* (Má-

laga, Hermandad de la Amargura), que desde el momento de su aparición se erigió por derecho propio en el libro de referencia para el conocimiento en profundidad de dicho tema. Pero además, entre los otros presupuestos artísticos que le han interesado en su ya dilatada trayectoria como historiador del arte, se encuentran aspectos como la iconología (de la que es, sin exageración, una de las grandes autoridades nacionales) y la sociología del arte (incluyendo tendencias historiográficas como el estudio de las mentalidades), abarcando tanto la cultura emblemática de la Edad Moderna como los modernos medios de masas. Y todas estas líneas metodológicas confluyen a la perfección en el libro que aquí tratamos, ya que resultan fundamentales para el conocimiento integral de todo lo que rodea a los monumentos públicos.

*La voz de las estatuas... El alma de la madera...* Qué duda cabe que los dos principales libros de Juan Antonio Sánchez poseen algunos de los más afortunados y poéticos títulos de la reciente historiografía nacional. Pero en absoluto se trata de meras figuras metafóricas (desde el momento en que las intenciones de los libros son perfectamente explicitados en sus correspondientes subtítulos, con una decidida función de anclaje del sentido), sino que son perfectamente explícitos de los intereses de su autor. Si en el estudio anteriormente citado demostraba cómo la imaginería religiosa conseguía insuflarle auténtica alma a la madera (casi como el Hada Azul de Pinocho), por medio del estudio exhaustivo de la iconografía y cultura de las sociedades de los últimos siglos, en éste patentiza poseer el don para escuchar a la perfección lo que las estatuas nos cuentan (ahora me viene a la mente la hermosa y triste historia del Príncipe Feliz de Oscar Wilde, que con su amiga la golondrina se sacrificó para llevar

la felicidad a su ciudad, sin que ninguno de sus habitantes supiera entenderlo). O dicho de otra manera, ahora más "científica": Sánchez López pone a nuestra disposición la totalidad de los elementos indispensables para facilitar nuestra lectura en profundidad del monumento urbano, del cual sabe expresar toda su enjundia.

El libro que tenemos entre manos es una obra sumamente ambiciosa, en el buen sentido de la palabra; aún más, un estudio interdisciplinar con vocación enciclopédica. Porque son muchos los aspectos tratados por Sánchez López a la hora de estudiar todos los factores configuradores de la escultura urbana: estéticos, iconográficos, urbanísticos, económicos, sociológicos, psicológicos, sin olvidar la biografía y personalidad tanto de los artistas como de los personajes homenajeados. Nada deja de lado en este compendio denso y profundo que explica a la perfección cómo son los monumentos de Málaga y, sobre todo, por qué son así.

El libro se estructura en dos grandes partes. La primera y más reducida, titulada *Civitas sacra*, se centra en el análisis de la escultura pública religiosa, que fundamentalmente coincide con la Edad Moderna. Para ello, comienza con una introducción sobre el sentido de estos monumentos en la ciudad conventual de los siglos XVI al XVIII, un excelente estudio en el que atiende la concepción urbanística de unas centurias en las que dominaba el elemento religioso, con monumentos como capillas callejeras, humilladeros y triunfos. Luego, en el capítulo titulado *En los límites sagrados*, procede a analizar los ejemplos concretos, estructurándolo a modo de exhaustivo catálogo. La segunda parte, *Civitas moderna*, comprende el grueso del libro, aproximadamente tres cuartas partes

del total. En ella, iniciada igualmente por un estudio introductorio, analiza los monumentos civiles, con el lógico predominio abrumador de los de los siglos XIX, XX y XXI. Ello es debido a que el monumento público fue una de las principales aportaciones de la escultura decimonónica al arte contemporáneo, si bien en las últimas décadas del XX se fue pasando del monumento conmemorativo al denominado arte público, que ya no debe ser obligatoriamente un homenaje a una gran personalidad, por lo que también pierde el carácter hasta entonces frecuente de monumento impuesto por la ideología dominante. Por tanto, en sendas introducciones a cada una de las dos partes (en las que también incluye los proyectos que no pasaron del papel), el autor explica a la perfección el proceso sociológico por el que se fue pasando de erigir monumentos a la divinidad a hacerlo a los hombres ilustres (siguiendo el modelo ilustrado del *exemplum virtutis*, aunque de algunos de ellos ya casi nadie se acuerda), para posteriormente, sin olvidar del todo este último (que aún hoy día se perpetúa, en los más variados registros), dejar el campo libre a esculturas con una función más lúdica e intrascendente. Es decir, de la sacralización de la ciudad convento, a la sacralización laico-burguesa a partir del XIX, hasta llegar a la desacralización moderna del monumento, que empezó con la supresión del pedestal, elemento diferenciador y enaltecedor al elevar la figura por encima del nivel del espectador: precisamente a esta sacralización del monumento laico se refería Baudelaire cuando escribía, en su *Salón de 1846*, *Por qué es aburrida la escultura*, refiriéndose en concreto a la estatuaria de tradición clásica como el arte antimoderno por excelencia. Por consiguiente, Sánchez López recorre la distancia que separa los monumentos barrocos de las esculturas contemporáneas.

Esta segunda parte se divide a su vez en ocho apartados, en los que agrupa las esculturas atendiendo a sus funciones. El primero se titula *Triunfo de la libertad*, y en él incluye los dos monumentos conmemorativos a Torrijos, general liberal que, tras ser fusilado con otros compañeros en las playas mala-gueñas de San Andrés, se convirtió en el adalid de la lucha por la libertad en la España del XIX: una cruz en el lugar de la ejecución y un magnífico obelisco en la Plaza de la Merced (significativamente llamada entonces de Riego, tan vinculado a Torrijos) siguen recordando su figura. El siguiente, *Memoria asumida, memoria impuesta*, comprende aquellas esculturas con las que las autoridades civiles, militares y religiosas han honrado a algunas de sus personalidades más representativas e ideológicamente afines: es el caso, por ejemplo, de los oligarcas Heredia y Larios, de los políticos Cánovas del Castillo (aunque con un injusto retraso, pues no se erigiría hasta los años 70 del pasado siglo) o Blas Infante, del Comandante Benítez o del Cardenal Herrera Oria. En *Templo de la urbe* hace un completo análisis del programa iconográfico de las esculturas (e incluso vidrieras) de Diego García Carreras y Francisco Palma García para la Casa Consistorial, flamantemente inaugurada en los años veinte del siglo pasado. *Honor a las Bellas Artes* está dedicado a los monumentos a artistas, que incluyen desde bustos al estilo decimonónico hasta obras abstractas, pasando por las placas conmemorativas en las casas natales: casualmente (o no), son algunos de los menos artísticos de todos, con la excepción del de Berrocal dedicado a Picasso, y alguno que otro más. A continuación, *Ciencias y Letras* agrupa las estatuas de científicos, escritores, investigadores y actores, destacando por encima de todas ellas la de Paco Palma para Salvador Rueda, que sin embargo

no pudo materializarse como el artista quería. *Voz del pueblo* integra a los monumentos fruto de la iniciativa popular, de manera que se debe entender como la contrapartida al capítulo de la memoria impuesta: es decir, el homenaje de la ciudadanía a algunos de sus personajes más queridos. El siguiente capítulo, *Agua de vida*, se centra en el estudio de las fuentes urbanas, la tipología en la que es más claro el doble cometido ornamental y funcional de muchos de estos monumentos. Por último, *Locvs amoenvs*, el capítulo más extenso del libro, comprende una gran variedad de esculturas ubicadas en parques, jardines, glorietas y plazas, unas obras concebidas, más que como monumentos conmemorativos, como estatuas destinadas a amenizar y ornamentar esos lugares (y los jardines desde siempre se han entendido como trasuntos del Paraíso) o, en el caso de las piezas más contemporáneas, como intervenciones urbanas en continuo diálogo con los paseantes; de entre todas ellas, algunas excelentes, resaltaría dos grupos: las de José Seguiri para la Plaza de Uncibay y su entorno, relectura lúdica de mitos clásicos como las Sabinas y Acteón, y las de Stefan von Reiswitz para el Parque del Oeste, de gran lirismo surrealista también con base mitológica.

Finalmente, el libro se completa con una bibliografía exhaustiva, que comprende tanto libros y artículos científicos, como catálogos de exposiciones y artículos de prensa, estos últimos de gran importancia para conocer las repercusiones mediáticas de las instalaciones de las obras estudiadas, especialmente significativas en casos tan recientes como la *Palera* de Miquel Navarro en Huelin, que causó un considerable revuelo entre los vecinos del barrio.

Con esta acertada estructura, Sánchez López analiza en profundidad la

práctica totalidad de los monumentos de Málaga inaugurados hasta la primavera de 2005 (he conocido el proceso de elaboración de este libro, que ha llevado varios años, y sé de primera mano los desvelos de su autor por introducir hasta el último momento, en las diversas pruebas de imprenta, las esculturas inauguradas en los últimos meses, caso de las del jesuita Tiburcio Arnáiz y Hans Christian Andersen). Un total de ciento cuarenta y tres entradas, si bien los ejemplos son bastante más, desde el momento en que en ocasiones una entrada incluye varias esculturas, como por ejemplo las de Stefan para el Parque del Oeste o los atlantes, mascarones y relieves ejecutados por García Carreras para el Ayuntamiento: de este modo, llega casi a las doscientas. Lógicamente, los espacios dedicados a cada escultura varían en función de la calidad e importancia de la obra, estableciendo de este modo una diferenciación jerárquica. En la cúspide se encuentran, por orden cronológico, los monumentos a Torrijos, Manuel Agustín Heredia, Marqués de Larios, Comandante Benítez, Salvador Rueda, Cánovas del Castillo o Picasso, las grandes estrellas de este libro, junto a las fuentes de Génova (sin duda el monumento más viajero de la ciudad) y de las Tres Gracias (la conocida como "fuente del Parque"), que en la mayoría de los casos, además, han sido los que más han modificado el espacio urbano con su instalación. De todos ellos (y por supuesto, de los restantes, aunque en estos casos con mayor brevedad), desmenuza su proceso de gestación, elaboración y construcción, además de sus avatares posteriores (en especial los infortunios republicanos del monumento de Benlliure al Marqués de Larios, que incluyeron un largo chapuzón forzoso en el puerto y su sustitución por la alegoría del Trabajo), es decir, su historia, recurriendo con gran rigor a la documenta-

ción tanto archivística como impresa, de manera que nada se nos queda por conocer de tales obras.

Tras explicar estos aspectos más prosaicos (pero indudablemente fundamentales para entender en toda su extensión el monumento, si bien Sánchez López es un historiador del arte que nunca se queda en el dato positivista, sabiendo leer entre líneas de los documentos), procede al estudio integral de las piezas desde el punto de vista formal, iconográfico y sociológico. Y prácticamente todos los ejemplos constituyen un modelo de análisis artístico, en el que atiende hasta el más mínimo detalle de la obra para que el lector comprenda sus valores o ausencia de ellos. Porque, por supuesto, y eso ya lo sabemos por su producción anterior (lo que le ha acarreado injustificados resentimientos en el mundo de las cofradías, en el que es frecuente confundir arte con devoción), Sánchez López no titubea a la hora de efectuar análisis críticos de las obras estudiadas, una de las labores que debe realizar todo historiador del arte que se precie. Porque el autor sabe diferenciar a la perfección el propósito del monumento (que puede ser todo lo loable que se quiera) de sus valores artísticos (que pueden ser buenos, mediocres o pésimos). Y en arte no valen sólo las buenas intenciones, sino ante todo la calidad de los resultados. De ahí que no titubee a la hora de definir al escultor Adrián Risueño como *figura nefasta* (aunque, "al César lo que es del César", reconoce los valores de su busto al Doctor Gálvez Ginachero), o el monumento a Beethoven de Antonio Leiva como *auténticamente lamentable*. Volviendo a la idea del análisis integral de la escultura, y por citar sólo un par de ejemplos, resultan sumamente ejemplares los dedicados al Comandante Benítez, en el que efectúa un estudio formal, iconográfico, sociológico, antropológico

y psicológico encuadrado en el marco de las repercusiones de la Guerra de África; y a *La Madre* situada en la Plaza de la Victoria, en el que explica perfectamente la ideología franquista en relación al papel de la mujer en la sociedad.

Leyendo el libro de Juan Antonio Sánchez, es mucho lo que se aprende. Y no sólo de escultura pública malagueña, sino también de arte, iconografía, literatura, ciencia, y de cualquier personaje o hecho merecedor de ser recordado en un monumento. Pero también advertimos otras cosas, como por ejemplo, la gran calidad de muchos monumentos de Málaga; la desgracia de que varios no hayan podido ejecutarse por falta de solvencia económica; lo poco imaginativos que fueron los bustos dedicados a los pintores Ferrándiz, Muñoz Degrain y Moreno Carbonero, limitados a la copia de otros preexistentes en Málaga o en otras ciudades; qué pocos se acuerdan de quienes fueron varios de los personajes homenajeados; el auge de la estatuaría urbana en la última década, similar e incluso mayor al acontecido a finales del XIX y principios del XX; el que el escultor Suso de Marcos sea capaz de lo mejor (*Tormenta y Sombra* en la Facultad de Derecho o, en un registro opuesto, el relieve del Padre Andrés Llordén) y de lo peor (monumento a Miguel de Molina,

ciertamente espeluznante: algunos vecinos de Capuchinos lo llaman "el vampiro"); o el hecho de que Elena Laverón domine abrumadoramente la escultura urbana de los últimos años (algo similar a lo que hace cincuenta sucedía con Adrián Risueño, por supuesto salvando las abismales diferencias cualitativas).

En resumidas cuentas, un libro clave para el conocimiento de un aspecto fundamental de la historia del arte malagueño, que además nos proporciona los instrumentos necesarios para que podamos interpretar los recursos empleados por la estatuaría pública: es decir, para que sepamos oír esa voz de las estatuas, que unas veces nos gritan y otras nos susurran, que en ocasiones sueltan exabruptos y en otras melódicas poesías, pero que nunca permanecen calladas a nuestro paso. Un libro que deseamos que, con el paso de los años, vaya completándose en sucesivas ediciones con el análisis de las nuevas esculturas que se irán inaugurando paulatinamente, unas obras de las que estaremos esperando el atinado comentario del profesor Sánchez López, ese sensible oyente de las estatuas. Quizás gracias a él podremos saber si en Málaga, entre las esculturas que conviven con nosotros, se esconde algún Príncipe Feliz de piedra o de bronce que esté ansioso por ayudarnos...